VARIACIONES SOBRE UN TEMA DADO: HUMBERTO J. D'ARCANGELO *

Durante el viaje estuve releyendo aquella crónica.

El día anterior a mi regreso a Buenos Aires, recorriendo los buquinistas de la orilla del Sena en busca de alguna cosa original con que entretenerme durante las quince horas de vuelo, me encontré con un viejo ejemplar, correspondiente a la primera edición de la versión original en castellano, de *Sobre héroes y tumbas.*

La trágica historia que se cuenta en el libro me había impresionado profundamente cuando la leí, hacía muchos años, poco tiempo después de que apareciera con considerable éxito editorial. Luego se había escrito mucho sobre ella, investigando y descubriendo pormenores que en la primera lectura de este complejo y un poco caótico relato podían pasar inadvertidos. Sin embargo, me había resistido a releer el libro, como suele ocurrirme con todos aquellos que por algún motivo me han impresionado profundamente: temo desilusionarme. Me inquieta suponer que pueda enturbiar la luminosidad que irradian sensaciones que fueron muy intensas por intentar repetirlas. En otras palabras, tengo miedo a la pérdida de la ingenuidad.

En este caso, el tomo antiguo y manoseado, y sobre todo el misterio de la extraña parábola que hubiera realizado para llegar hasta las manos de ese hombre viejo, de barba corta y blanca, que tenía ante mí, cubierto con un sombrero gastado y lustroso de ala viboreante y enfundado en un sobretodo negro, no menos trajinado que el sombrero, cuyas solapas llevaba levantadas para protegerse del frío de un riguroso mes de febrero, vencieron mis resistencias. Me fascinaba y me inquietaba a la vez pensar en la valija de qué estudiante habría viajado el volumen desde mi país, en qué miserable cuartucho amueblado habría sido devorado por ese estudiante que suponía masculino y que me complacía en imaginar reconcentrado y extraño, angustiado y torturado, un poco una mezcla de Martín y de Bruno Bassán y hasta del propio Fernando Vidal Olmos. Porque la lectura de la historia de los personajes de aquel relato amargo y

* Personaje de la novela *Sobre héroes y tumbas.*

excesivo —como amarga y excesiva puede ser la realidad si damos por sentada la veracidad de los hechos en que se basa la crónica—, mi lectura original, la angustia, el odio, el placer diabólico que a un muchacho ilusionado, idealista y por lo tanto herido por el descubrimiento de la realidad, como era yo, produjeron el comprobar que no estaba solo, que había en el mundo otros seres que tenían mis mismos anhelos y padecían mis mismos sufrimientos, me hacían suponer ahora, muchos años después, que aquel que hubiera llevado como compañía de viaje un libro como ése no podía ser sino un muchacho, un estudiante, con similares características a las de mi propia personalidad a la misma altura de la vida. O quizá, simplemente, era la nostalgia por un viejo tiempo definitivamente pasado el impulso que me obligó, una vez que tuve el volumen en mis manos, a sacar la cartera y pagar al librero el precio que en temblorosos números verticales, escritos a lápiz, indicaba la primera página.

Durante la larga noche de ese viaje, escapándole al sol, volví a leer la crónica de los hechos y circunstancias que preludiaron el asesinato y el suicidio con cuya noticia periodística se abre el relato, actos violentos sobre los cuales contribuye a echar alguna luz, aunque más no sea velada y tangencial.

Cuando la cabina quedó a oscuras y vi que mi vecino se disponía a dormir, pedí a la camarera autorización para cambiarme de asiento —el avión no llevaba más de la mitad del pasaje— de modo de no molestar a nadie con la lamparilla individual. Me ubiqué en una hilera que estaba vacía y, resignado de antemano a no pegar los ojos —me resulta imposible dormir en los medios de transporte—, me dispuse a leer por segunda vez aquella extraña y terrible historia.

Al llegar a Buenos Aires y reencontrarme con mi familia y mis amigos, después de varios años, me olvidé del libro cuyas páginas había recorrido de un tirón, al contrario de la primera oportunidad en que lo había hecho lenta y minuciosamente, a lo largo de muchos días, releyendo las palabras y los párrafos con un placer que hoy, con la perspectiva del tiempo, me atrevería a calificar de morboso. El reencuentro estuvo lleno de alegrías y nostalgias: un aluvión y un borboteo de historias contadas apresuradamente, de manera compulsiva, que nos revelaban, a mis amigos y a mí, todo lo que éramos de nuevo, cuánto habíamos perdido, cómo se habían alejado, con divergencias tal vez insalvables, nuestros caminos respectivos. Más tarde, pasado el entusiasmo incial, mi vida de desocupado temporario empezó a llenarse de vacíos que yo, empecinadamente, me ocupaba en cubrir con lentos y minuciosos recorridos por las calles de mi vieja y querida ciudad. Eran paseos melancólicos, solitarios, en esas horas

que sólo los desocupados están en condiciones de gozar o de sufrir, cuando las calles y las plazas, la costa y el puerto, les pertenecen exclusivamente, no porque estén solitarios, sino al contrario: porque estando colmados por una multitud que tiene rigurosamente marcados sus circunstanciales y transitorios destinos —se desplazan veloz y epidérmicamente desde y hacia puntos determinados, se ocupan febrilmente de tareas a realizar en lugares ciertos y absurdos— quedan abandonados a su observación desapasionada y crítica. Mis paseos, más que tránsitos por el concreto espacio geográfico de la ciudad que veía, eran viajes nostálgicos por el tiempo, hacia el pasado.

Como no podía ocurrir de otro modo, mis pasos, aparentemente sin destino, pronto terminaron llevándome hacia el sur de la ciudad, hacia donde había vivido casi toda la etapa de mi vida que había transcurrido en Buenos Aires, hacia San Telmo, hacia Barracas, hacia la Boca. Y una tarde me encontré subiendo la barranca del parque Lezama, deteniéndome arriba, frente a Paseo Colón, cerca de la esquina de Martín García. Hasta mí llegaron parsimoniosamente los ruidos del tránsito, distantes, como a través de una ventana que les confiriera, por el tamiz acústico del vidrio, un carácter remoto y apacible. Lentamente me fue invadiendo la misma sensación de calma de otros tiempos, cuando desde la barranca de la plaza San Martín y desde este mismo parque Lezama contemplaba, allá a lo lejos, la vida nerviosa de la ciudad.

Transcurrió un tiempo largo, no sé cuánto, antes de que me diera vuelta para internarme en el parque. A mi espalda vibró, lejana y apagada, la sirena de un barco.

De pronto, en un sendero solitario, me encontré con la estatua de la diosa Ceres y, cerca de ella, un banco vacío me trajo el recuerdo del libro que unos días antes había releído. Era tal vez el banco donde se habían encontrado por primera vez Martín y Alejandra. Sin embargo, en ese momento descubrí que en esta nueva lectura lo que más me había atraído no había sido el personaje del adolescente desamparado, ni el de la fascinante mujer atormentada, ni siquiera el del loco visionario, con todo el magnetismo que los locos geniales suelen ejercer sobre nosotros, ni tampoco el del intelectual contemplativo; habían sido algunos personajes secundarios, a los que les cupo en la historia un papel accesorio, seres simples y no obstante tan representativos de la idiosincrasia de los hombres de la ciudad y del país —Bucich, Hortensia Paz y sobre todo Humberto J. d'Arcángelo—, los que habían dejado en mí una huella más profunda. Recordé una frase, hacia el final de la historia, relacionada con la razón que salva a Martín del suicidio —esa idea de Bruno Bassán acerca

excesivo —como amarga y excesiva puede ser la realidad si damos por sentada la veracidad de los hechos en que se basa la crónica—, mi lectura original, la angustia, el odio, el placer diabólico que a un muchacho ilusionado, idealista y por lo tanto herido por el descubrimiento de la realidad, como era yo, produjeron el comprobar que no estaba solo, que había en el mundo otros seres que tenían mis mismos anhelos y padecían mis mismos sufrimientos, me hacían suponer ahora, muchos años después, que aquel que hubiera llevado como compañía de viaje un libro como ése no podía ser sino un muchacho, un estudiante, con similares características a las de mi propia personalidad a la misma altura de la vida. O quizá, simplemente, era la nostalgia por un viejo tiempo definitivamente pasado el impulso que me obligó, una vez que tuve el volumen en mis manos, a sacar la cartera y pagar al librero el precio que en temblorosos números verticales, escritos a lápiz, indicaba la primera página.

Durante la larga noche de ese viaje, escapándole al sol, volví a leer la crónica de los hechos y circunstancias que preludiaron el asesinato y el suicidio con cuya noticia periodística se abre el relato, actos violentos sobre los cuales contribuye a echar alguna luz, aunque más no sea velada y tangencial.

Cuando la cabina quedó a oscuras y vi que mi vecino se disponía a dormir, pedí a la camarera autorización para cambiarme de asiento —el avión no llevaba más de la mitad del pasaje— de modo de no molestar a nadie con la lamparilla individual. Me ubiqué en una hilera que estaba vacía y, resignado de antemano a no pegar los ojos —me resulta imposible dormir en los medios de transporte—, me dispuse a leer por segunda vez aquella extraña y terrible historia.

Al llegar a Buenos Aires y reencontrarme con mi familia y mis amigos, después de varios años, me olvidé del libro cuyas páginas había recorrido de un tirón, al contrario de la primera oportunidad en que lo había hecho lenta y minuciosamente, a lo largo de muchos días, releyendo las palabras y los párrafos con un placer que hoy, con la perspectiva del tiempo, me atrevería a calificar de morboso. El reencuentro estuvo lleno de alegrías y nostalgias: un aluvión y un borboteo de historias contadas apresuradamente, de manera compulsiva, que nos revelaban, a mis amigos y a mí, todo lo que éramos de nuevo, cuánto habíamos perdido, cómo se habían alejado, con divergencias tal vez insalvables, nuestros caminos respectivos. Más tarde, pasado el entusiasmo incial, mi vida de desocupado temporario empezó a llenarse de vacíos que yo, empecinadamente, me ocupaba en cubrir con lentos y minuciosos recorridos por las calles de mi vieja y querida ciudad. Eran paseos melancólicos, solitarios, en esas horas

que sólo los desocupados están en condiciones de gozar o de sufrir, cuando las calles y las plazas, la costa y el puerto, les pertenecen exclusivamente, no porque estén solitarios, sino al contrario: porque estando colmados por una multitud que tiene rigurosamente marcados sus circunstanciales y transitorios destinos —se desplazan veloz y epidérmicamente desde y hacia puntos determinados, se ocupan febrilmente de tareas a realizar en lugares ciertos y absurdos— quedan abandonados a su observación desapasionada y crítica. Mis paseos, más que tránsitos por el concreto espacio geográfico de la ciudad que veía, eran viajes nostálgicos por el tiempo, hacia el pasado.

Como no podía ocurrir de otro modo, mis pasos, aparentemente sin destino, pronto terminaron llevándome hacia el sur de la ciudad, hacia donde había vivido casi toda la etapa de mi vida que había transcurrido en Buenos Aires, hacia San Telmo, hacia Barracas, hacia la Boca. Y una tarde me encontré subiendo la barranca del parque Lezama, deteniéndome arriba, frente a Paseo Colón, cerca de la esquina de Martín García. Hasta mí llegaron parsimoniosamente los ruidos del tránsito, distantes, como a través de una ventana que les confiriera, por el tamiz acústico del vidrio, un carácter remoto y apacible. Lentamente me fue invadiendo la misma sensación de calma de otros tiempos, cuando desde la barranca de la plaza San Martín y desde este mismo parque Lezama contemplaba, allá a lo lejos, la vida nerviosa de la ciudad.

Transcurrió un tiempo largo, no sé cuánto, antes de que me diera vuelta para internarme en el parque. A mi espalda vibró, lejana y apagada, la sirena de un barco.

De pronto, en un sendero solitario, me encontré con la estatua de la diosa Ceres y, cerca de ella, un banco vacío me trajo el recuerdo del libro que unos días antes había releído. Era tal vez el banco donde se habían encontrado por primera vez Martín y Alejandra. Sin embargo, en ese momento descubrí que en esta nueva lectura lo que más me había atraído no había sido el personaje del adolescente desamparado, ni el de la fascinante mujer atormentada, ni siquiera el del loco visionario, con todo el magnetismo que los locos geniales suelen ejercer sobre nosotros, ni tampoco el del intelectual contemplativo; habían sido algunos personajes secundarios, a los que les cupo en la historia un papel accesorio, seres simples y no obstante tan representativos de la idiosincrasia de los hombres de la ciudad y del país —Bucich, Hortensia Paz y sobre todo Humberto J. d'Arcángelo—, los que habían dejado en mí una huella más profunda. Recordé una frase, hacia el final de la historia, relacionada con la razón que salva a Martín del suicidio —esa idea de Bruno Bassán acerca

del pelotón al que se debe fidelidad, aunque la causa última de su existencia (la guerra) sea absurda e incluso execrable—: «Estaba d'Arcángelo, por ejemplo.» Bucich, Hortensia Paz, Humberto J. d'Arcángelo, con sus comportamientos sencillos, ingenuos, bondadosos, comprensivos, sin duda ni siquiera premeditados, sino llenos de una espontánea solidaridad, habían impedido que Martín se suicidara. Sobre todo Humberto J. d'Arcángelo. Me di cuenta que el personaje de este hombre, simple pero inteligente, escéptico pero tierno, resentido pero generoso, que representaba un prototipo de esa clase de porteños de los que se pueden encontrar miles y miles en los cafés de los suburbios de la ciudad, me atraía con una fuerza que al comienzo no hubiera sido capaz de imaginarle. Bajé la barranca del parque cuando atardecía. Se encendían las primeras luces, los colectiveros empezaban a iluminar el número de los tableros, al fondo del Paseo Colón se veían las lámparas rojas en las terrazas de los altos edificios. Caminé por Almirante Brown hasta que advertí que había llegado a la calle Pinzón, por la que me interné recorriéndola lentamente. Buscaba, aunque no lo sabía con claridad, el café de Chichín.

En la vidriera de uno de los tantos boliches, todos parecidos entre sí, que proyectaba un rectángulo de luz mortecina sobre la vereda, estaba la leyenda: «Chichín, pizza, fainá, despacho de bebidas». Las letras, descascaradas, tal vez no habían sido vueltas a pintar desde entonces, pensé. Me detuve ante la puerta. Estaba intranquilo. Comprendí que mis pasos, que me habían traído de manera inconsciente, venían en realidad en busca de D'Arcángelo y que ahora temía no encontrarlo. Pensaba que bien podría suceder que se hubiera muerto, o mudado, o, simplemente, que le hubieran perdido la pista. ¿Pero por qué buscaba D'Arcángelo, a él justamente? Me contesté que quería saber algo más sobre la historia de Martín y Alejandra y que quería saberlo de primera mano, no ya a través del relato de un cronista, aunque pudiera haber sido fiel y respetuoso de la historia original. No obstante, pronto reconocí que no era así, que me estaba mintiendo, que ésa era la excusa que tenía preparada para acercarme a Tito, porque en realidad lo que quería era hablar con alguien que me llevara de vuelta al Buenos Aires que había dejado y que creía que iba a reencontrar a mi regreso, aquel que había fracasado en alcanzar a través de mis amigos, que no habían sabido o no habían querido jugar el rol de puente para cruzar el tiempo que yo mismo les había asignado, absorbidos como estaban por intereses muy diferentes a los que nos preocupaban unos años antes, cuando me había ido, así como fracasaba también en el intento de recuperarlo en mis

paseos solitarios y minuciosos, persiguiendo rastros que algún viento traicionero parecía haberse llevado. Porque para consumar el reencuentro con la ciudad instintivamente sabía que necesitaba de alguien que hubiera permanecido fiel a sí mismo y que me restituyera la sensación de estabilidad que el extrañamiento, primero, y el retorno, después, me habían hecho perder. Y yo, ahora, estaba convencido de que si había alguien capaz de conseguirlo, ese era Humberto J. d'Arcángelo.

Entré, me acerqué al mostrador. Un hombre de gorra y tiradores colorados limpiaba los vasos con un repasador. Me dio un salto el corazón: sin duda era Chichín, más viejo, pero era él. Tuve la extraña certeza de que si estaba Chichín no podía faltar Tito. Observé el local a mi alrededor, pero allí, sin duda, no estaba. Había dos muchachones sentados a una mesa, un hombre de mediana edad en un rincón, tomando una caña con aire soñador y mirada algo turbia, y otro hombre macizo y retacón acodado en el mostrador. Ninguno respondía a las señas de Tito.

Sin dejar el vaso y el repasador, Chichín se me acercó: «¿Qué desea el señó?», me preguntó profesionalmente. Pedí un cinzano con gin, y mientras me lo servía miré las paredes del café, donde, a las viejas fotografías de Gardel, de Fangio y de Tesorieri, descoloridas y ajadas, se habían agregado la de Roma, la de Valentín, la de Angelito Rojas y la de Edmundo Rivero. Cuando Chichín sirvió el vermouth y ponía sobre el mostrador los platitos de los ingredientes, le pregunté «¿Usted conoce a un señor Humberto J. d'Arcángelo?» «¿Quién Tito?», preguntó a su vez levantando la vista y mirándome a los ojos. «Sí, efectivamente, ¿sigue viniendo por acá?», insistí esperanzado. «Sí, por supuesto, raro que todavía no haya llegado. Estará al caer», contestó Chichín. Sentí un gran alivio. Pero Chichín, intrigado, tal vez sospechando vaya a saber qué cosa de ese desconocido, refregaba empecinadamente el estaño con el estropajo a mi alrededor. Por fin no pudo contenerse más y con una entonación ambigua me preguntó: «¿El señó e amigo?» La preocupación de Chichín y mis propias dudas me decidieron a mentir. Tenía esperanzas de reconocerlo en base a sus señas tan características, que se describen en la crónica, pero temía que los años pudieran haberlo cambiado demasiado. Le contesté: «Nos conocemos, pero no mucho, y además hace años que no nos vemos, ¿usted tendría la bondad de avisarme cuando llegue?» «No se preocupe», me tranquilizó Chichín con aire de suficiencia.

Cuando en el vano de la puerta apareció un hombrecito flaco, con la nariz ganchuda y los ojos a los costados de la cara, un poco como los de los pájaros, enfundado en un traje raído, con un escarbadientes

en la boca y un diario arrollado en la mano derecha, que miraba ansiosamente hacia uno y otro lado, antes de que Chichín me lo señalara silenciosamente apuntándolo con el mentón, no dudé de que era él.

«Salú, Chichín», dijo al entrar, y se dirigió a una mesa junto a una ventana que, aunque no tenía ninguna señal que lo indicara, no había duda que le estaba tácitamente reservada.

Me acerqué. Estaba nervioso. No sabía cómo habría de recibirme. Temía el carácter reservado y algo irascible de Tito. «¿Señor d'Arcángelo?», pregunté con timidez. Dirigió hacia mí la nariz filosa, observé su cara angosta, me miró como rebuscando en la memoria quién podía ser este hombre que no reconocía, y dijo con firmeza: «Servidor.» «¿Me permite?», agregué señalando con la mirada el lugar vacío frente a él. «Haga nomá», respondió con un tono obvio e inquisitivo a la vez.

«Tal vez usted se extrañará», empecé a modo de introducción, no muy seguro de mí. Me miró como diciendo que él ya no se sorprendía de nada, que estaba de vuelta de todas las cosas y, desentendiéndose de mi presencia, clavó la vista en la calle, más allá de la ventana. Continué: «Usted no me conoce, pero yo a usted sí.» Volvió a dirigirme la mirada, sin hablar, pero pareciendo decir: «Ah, sí, pero qué me dice, mire qué cosa.» «Es decir», agregué, «no lo conozco personalmente, sino a través de una historia que leí.» «Ah», respondió sin aparentar sorpresa, como si el asunto no le incumbiera o lo tuviera sin cuidado. «Esa historia de aquel chico, Martín», me sentí obligado a aclarar. «Sí, claro», dijo apoyando la mano huesuda y descarnada sobre el diario, la *Crítica,* que estaba abierta en la página deportiva, y como siguiendo el hilo de sus propios pensamientos: «El señó, ¿qué desea servirse?» Le señalé mi vaso sobre el mostrador; entonces pidió: «Chichín, un cinzano con bitter.» Se hizo un incómodo silencio, felizmente interrumpido por Chichín, que llegó con las botellas y mi vaso a medio tomar. «¿Lo viste anoche por la tele?», le preguntó cuando Chichín estaba a nuestro lado. Este hizo un gesto de asentimiento. «¿Y qué te pareció?» «No anduvo mal y ganamo con justicia.» «Sí, tené razón», respondió d'Arcángelo, y agregóí «Todavía falta ensamblamiento en las líneas, pero hay que tener en cuenta que no tuvieron tiempo de acoplarse las nueva aquisicione. Vamo a ver si este año las cosa andan mejor.» «Yo creo que sí, Tito», replicó Chichín mientras le servía el cinzano, y al tiempo que le echaba un chorrito de bitter exclamó: «Esperemo que los millone que hemo invertido en los cra de Ferro y del Palmeira rindan los fruto esperado. De cualquier manera, esta idea de Armando de los torneo de verano en Mar de Plata es buena, permite el afiatamiento del equipo ante del comien-

zo del campionato.» «¿Vo creé?», preguntó Tito con un tono de escepticismo, y sin esperar la respuesta continuó: «A mí, qué queré que te diga, este Armando me parece un chanta. Pa mí que piensa en la guita ante que en el clu.» «¿Te parece?», preguntó Chichín, que aparentaba confiar en la honestidad del presidente, pero que, conociendo la lógica pesimista y demoledora del amigo, temía que, una vez más, el otro destruyera sus esperanzas con argumentos irrebatibles.

D'Arcángelo echó un chorro de soda en el vermouth, picó un ingrediente y dijo: «Mirá, Chichín, pa mí ese tipo e un vivillo. Mucho millone, mucho grande negocio, pero al clu no lo levanta. Si no, ya me lo va a decí cuando avance el campionato.» La mirada de Chichín se iba entristeciendo, como si comprendiera que las esperanzas inveteradamente renovadas eran vanas, y que luego, durante la temporada, Boca, una vez más, sería un fracaso y él volvería a hundirse a su vez, irremisiblemente, en la frustración. Miraba a Tito fijamente, como un condenado a muerte que ya herido espera el golpe de gracia. D'Arcángelo se dirigió a mí como para ponerme de testigo, aunque sin muchas esperanzas acerca del valor que pudiera tener el testimonio de ese desconocido, con un aspecto y una manera de hablar que, si bien no ponía en duda que fueran las de un argentino, eran las de un argentino que había sufrido un proceso, no sabía cuál, que le restaba legitimidad, como si a una bebida original del país se la hubiera intentado mejorar con mezclas extrañas que le habían hecho perder autenticidad. Le devolví la mirada con una expresión indefinida, de la que se pudiera interpretar que combinaba interés y asentimiento tácito, intentando ocultar mi desactualización en el tema que se debatía. D'Arcángelo tomó un sorbo de vermouth, golpeó la *Crítica* con el índice, como si se tratara del texto de una autoridad reconocida sobre el que asentara sus afirmaciones, y dijo con firmeza: «Oíme lo que te digo. Ese tipo dice que con toda esta aquisicione y este torneo de verano que se inventó, la institución gana mucha menega, porque el equipo e una atracción, pero a mí no me la hace tragar. A él el clu le importa esto», y juntó el índice y el pulgar; «a él lo que le importa e que se lo nombre, que se diga "el señó Armando", porque eso le conviene pa sus negocio particulare.» Chichín meneó la cabeza, compungido, sin terminar de desengañarse de la hipocresía que reina en el mundo; aventuró: «¿A vo te parece?» D'Arcángelo sonrió irónicamente: «¿Que si me parece?», y volvió a golpear la *Crítica,* ahora con el dorso de la mano, poniéndola por testigo, ya que visiblemente había abandonado la esperanza de que yo pudiera servirle para tal fin. «¿Me queré decí si no por qué se gasta lo millione que se gasta en la compra de valore de otro clu nacionale y

extranjero y descuida el semillero, con lo que no cuesta mantener La Candela? ¿Y pa qué?, pa que los chico se aburran de estar tapado en la inferiore y se arruinen, o terminen transfiriéndolo por tre guita a algún clu modesto donde empiezan a brillar con mérito propio, haciendo que pongan los ojo sobre ello los clu grande y terminen consagrándose en lo Diablo Rojo o en el Ciclón, y hasta en lo propio Millonario si te descuidá, y que al fin vengan a enllenarno la canastra cuando juegan contra nosotro, que cuando vienen a la Bombonera los ve luchar con una pasión que ya quisieran tener los cra que Armando trae de afuera. Claro, ¡qué van a tener!, si no llevan lo colore azul y oro en el cuore como lo llevaban lo pibe que nosotro mismo, fíjate lo que te digo, nosotro mismo, echamo del clu», y Tito, rojo, enardecido por el furor que le producía tanta injusticia y tanta imbecilidad, se ajustó la corbata raída y se tiró de los puños deshilachados del saco, clavando la mirada llena de ira en la calle Pinzón, más allá de la vidriera.

Aproveché que la concentración en sus argumentos le habían hecho olvidarse de mí, tal vez de todo lo que lo rodeaba, para observarlo con mayor detenimiento. Estaba viejo. Es decir, el pelo blanco y la edad que había calculado que tenía en el año 55, me indicaban que estaba viejo, porque luego, su cuerpo enjuto, la piel de la cara pegada a los huesos del cráneo, las manos descarnadas, debían ser los mismos de entonces, tal vez algunas arrugas más cruzándole la frente, bajándole más profundamente desde la nariz hasta las comisuras de los labios. En tanto, Chichín meneaba la cabeza con desaliento y decía: «Tené razón.»

Tito volvió de su viaje mental a las zonas profundas y crípticas en que se había sumido su pensamiento. Continuó: «¿No lo viste a lo pibe cuando vienen a nuestro fil cómo se entregan a su nuevo colore? Y cuando nos meten un gol, ¿no viste cómo se dirigen con lo brazo en alto a nuestra fiel y sufrida hinchada pa festejarlo? ¿Y vo por qué creé que no van a ofrecerle el tanto a su seguidore y en cambio vienen a refregárnolo a nosotro?» Chichín se encogió de hombros, como diciendo: «Y qué más da, si total, vengan o no vengan, el asunto e que tenemo una pepa má adentro.» «Porque e como decirno: "Vieron gile que se desprendieron de un valor y que este gol, si no hubiera sido por ustede, ahora aumentaría el escor de la azul y oro en lugar de sumarse al del tradicional rival".» Chichín seguía meneando la cabeza, sin capacidad de respuesta, ya casi sin valor siquiera para asentir a las palabras de Tito. Este tomó otro trago de cinzano, pinchó distraidamente un cuadradito de mortadela, tragó el vermouth como un té calmante que lo ayudara a serenar su

exaltación, paseó la mirada en torno suyo, deslizándola sin reparar en nadie, sobre mí y sobre el resto de los parroquianos, que en silencio escuchaban los argumentos rigurosos de ese hombre que exponía con exactitud los razonamientos que tantas veces ellos habían intuido sin lograr desarrollar de un modo coherente. «Yo no digo que el jas que viene de Ferro y el negrito ese que juega en lo do güine no sean valores, no», continuó D'Arcángelo hablando en general, hacia un interlocutor ambiguo y omnipresente: «tiene calidá, no me aparto, la han demostrado en sus respetiva institucione, pero pa jugar en Boca hace falta otra cosa, hace falta que lleven la camiseta en el corazón, que luchen por el triunfo no como profesionale, porque le pagan y porque tienen que justificar el sueldo, la prima y la guita que costaron, sino porque quieren a Boca, como lo quieren lo que vinieron de purrete, lo que a lo ocho año ya vestían la azul y oro. ¿Y queré que te diga má?», agregó Tito fijando su atención nuevamente en Chichín, que se sobresaltó, sin que su imaginación atinara a alcanzar qué nueva y terrible calamidad podía profetizar D'Arcángelo, cuando parecía que ya la copa de la amargura había sido apurada hasta las heces. «Armando lo va a hundir al clu», dijo Tito, y se quedó callado, mirando a Chichín, como reflexionando sobre los acentos que la frase apocalíptica adquiría una vez pronunciada, escrutando la expresión del amigo para averiguar si afloraba en ella un atisbo de protesta y entonces aniquilarlo despiadadamente. Pero Chichín, vencido, no hizo un gesto, ni se movió, ni insinuó una queja. «Lo va a hundir al clu, te digo. A la final lo va a hundir.» Pinchó un dadito de queso, lo masticó y luego se escarbó los dientes picados con su eterno palillo. «Mirá, escuchame bien, Chichín. Armando nos la quiere contar que con el aumento de la recaudacione la institución va a pagar toda la compra y los gasto que hizo pa remodelar el fil municipal de la Perla del Atlántico y que encima va a sobrar guita. Y mirá lo que te digo, resultado no va a haber, porque el equipo va a seguir a lo tumbo, conformate si salimo de la mitá de la tabla p'arriba. La hinchada, fiel y seguidora como e, continuará apoyando a sus jugadore, porque ya hemo visto que los apoyó hasta en lo peore momento, como en el 49, cuando no salvamo del descenso en la última jornada, pero por eso mismo la recaudacione van a ser má o meno la de siempre. Pero ponele que el equipo, e un decir, ponele que el equipo vuelva a brillar en todo su esplendor y obtengamo el campionato.» En la cara de Chichín afloró una luz de ilusión. «Va a ver como a la larga lo gasto exageraos, la inversione millonaria, no alcanzan a compensarse, y el clu se va a la quiebra. Yo no quiero pensar lo que va a pasar si un día nos lo sacamo a este tipo de encima y se destapa la olla, no

van a alcanzar lo año que nos quedan de vida pa pagar la deuda. Ponele la firma, Chichín. Te lo dice Humberto J. D'Arcángelo», y emitió esta terrible sentencia final golpeando reiteradamente sobre la mesita con su índice seco. Chichín se retiró cabizbajo detrás del mostrador.

D'Arcángelo pareció volver a reparar en mi presencia. Me miró abstraído, absorto aún en el hilo de sus pensamientos. Poco a poco su expresión fue cambiando y tornándose interrogativa. Yo lo observaba con timidez, sin atreverme a arrancarlo de sus cavilaciones para explicarle, si es que lograba hacerlo de algún modo plausible, el motivo que me había llevado a buscarlo. Por fin Tito tomó la iniciativa:

«Disculpe si le hice perder su tiempo. Usté dirá a qué debo el honor.»

«Señor d'Arcángelo», empecé a modo de introducción.

«Llámeme Tito», me interrumpió; «todo el mundo me conoce por Tito».

Asentí. «De acuerdo, Tito. Como le dije hace un momento, he leído aquella historia, la de ese chico, Martín, y aquella muchacha. Me interesó sobremanera y pensé, en fin, me atreví a pensar, que tal vez usted, que estuvo tan cerca de Martín, que fue su amigo, quizá pudiera contarme algunas otras cosas sobre aquel caso, sobre ese muchacho, sobre las circunstancias que rodearon su relación con Alejandra e incluso, algo, algún pormenor que la noticia policial y la crónica pudieran haber omitido y que contribuya a echar mayor luz sobre el fatal desenlace de los hechos», mentí, porque no me atrevía a decirle, por timidez y también porque sabía que su propio pudor no lo hubiera admitido, que el verdadero motivo por el que estaba esa noche en la calle Pinzón, en el café de Chichín, frente a él, frente a Humberto J. D'Arcángelo, era simplemente ése, encontrar a Humberto J. D'Arcángelo, a Tito, para pedirle que hablara o que se callara mirando sombríamente la calle Pinzón, y que de ese modo yo pudiera rescatarlo a él y a todos los que como él había conocido en otro tiempo, en esa misma ciudad, y también para, a través de él, rescatar mi ciudad para que, con la ayuda de él, rescatáramos, los dos juntos, la ciudad que había dejado en otro tiempo, mi íntima, misteriosa, inalienable, mágica, imperecedera Buenos Aires.

Me miró con desconfianza. «¿El señó e periodista por un si acaso?»

«No», respondí y, como continuara mirándome interrogativamente, aclaré: «Soy escritor.»

«Ah», dijo, «como el otro», y en las palabras afloró un apenas perceptible tono despectivo.

«No sé si como el otro», acudí dubitativo.

«Se hizo famoso el otro con la historia», dijo sin mirarme, con los ojos en la calle Pinzón, mordiendo un poco la frase, como si tuviera bronca.

«Yo no soy famoso», aclaré.

Volvió a mirarme:

«Bueno, ¿y qué? ¿Quiere hacerse famoso ahora?», insinuó con ironía, pero en seguida pareció arrepentirse, dulcificó la expresión, descontrajo el ceño y la boca que mantenía apretada, tomó su vaso, lo levantó: «Bueno, brindemo por el encuentro. Humberto J. D'Arcángelo, a sus órdene.» Le dije mi nombre.

«Mire, qué quiere que le diga», declaró pasándose la mano por la frente, como si quisiera descorrer un velo que se interpusiera entre el presente y aquellos lejanos recuerdos. «Yo no sé mucho má de lo que cuenta el libro; al contrario, sabía meno, porque de mucha cosa me desayuné cuando lo leí. El pibe era muy reservado, hablaba poco, y aunque vivimo junto un tiempo, en la misma pieza —él dormía en la cama del André, ese hermano menor que yo, que era medio loco y que por aquello tiempo se había ido pa Bahía Blanca—, yo no sabía nada o casi nada de qué era en lo que andaba metido el pibe. Usté sabe, con la cosa del corazón del hombre no hay que jeringuiar. Si te lo abre, lo escuchá y listo, y si te pide un consejo se lo da, que pa algo viste tanto de la vida y la experiencia te sirve, al meno, pa ayudar a otros. Pero si no te dice nada, yo, ni esta boca e mía. ¿Me comprende lo que le quiero decir?»

A todo esto habíamos terminado el vermouth. «¿Otra vuelta?», convidó Tito. Acepté. «Che, Chichín, otra vuelta pal señó y pa mí.»

Tito se había quedado callado, hojeaba la *Crítica*. «Otra ve lo tenemo a lo milico», murmuró. «Bueno, vaya con la novedá, del 30 p'acá lo tenemo cada do por tre. Vienen a limpiar, dicen, a poner orden y a terminar con la corrusión. Cada vuelta, el mismo verso. Luego, cuando se enllenaron lo bolsillo y no saben qué hacer con el paí, se lo largan a lo civile, yal cabo de tre o cuatro año de nuevo el mismo balurdo, que "hay que retablecer el orden y acabar con lo corruto", la excusa de siempre p'agarrar la manija y forrarse ello. ¡Qué paí de mierda!», dijo, cerrando el diario y tirándolo con rabia. «Si a la final, cuanto te avivaste que esto no e má que un cambalache, como dice el gran Discepolín, te da gana de dedicarte a juntar guita, y una ve que afanaste pa toda la cosecha, si ve un mendigo por la calle lo pateá; y si pa amarrocar tené que robarle el pan a la vieja, se lo robá y te quedá piola. Va a ver como encima todo te respetan y te llaman

"señó". Te tené que hacer duro, olvidarte del corazón y pensar sólo en vo, y despué, buena noche», concluyó estirándose las mangas del saco rotoso y ajustándose el nudo de la corbata raída, saco y corbata que parecían demostrar que él continuaba sin aplicar la teoría que, hoy como en el 55, predicaba tan apasionadamente.

«Sí», comenté, «la situación es la de costumbre, pero encuentro la ciudad más triste, la gente parece más desalentada o más egoísta, metida en sus asuntos, ocupándose de sus intereses personales exclusivamente.» Me lanzó una mirada aguda. Como si hubiera sido sorprendido por una apreciación atinada que no hubiera esperado y estuviera reconsiderando el valor que me había asignado en el primer momento.

Chichín había llegado con las botellas y llenaba los vasos.

«¿Qué le pone al cinzano?», preguntó Tito extrañado.

«Gin.»

«¡Qué me dice!», comentó con sorpresa. «E una cosa fina», dijo sin ironía. «¿Y qué tal, queda bien?»

«A mí me gusta. ¿Quiere probar?»

Me detuvo con un gesto de la mano abierta. «No, faltaría má. Yo soy fiel al cinzano con bitter, como lo tomé toda la vida y como lo tomaba mi viejo. Me acostumbré con él, cuando de purrete me llevaba al boliche con sus paisano. El viejo decía que en lugar de irme al café con lo vago del barrio y hacer quién sabe qué cosa, era preferible que estuviera con él al boliche, que así me tenía controlado. Se puede imaginar que al poco tiempo tomaba el vermouth con el viejo y después me iba con lo muchacho a donde se me cantaba, pero al viejo lo dejaba contento, qué va a hacerle, así e la vida», y en la boca de D'Arcángelo se dibujó una sonrisa pícara y a la vez ingenua, igual a la de un chico. Un aire nostálgico y soñador apareció en su cara, un poco como si lo tomara desprevenido, medio de a traición: «Ah, qué tiempo aquello», agregó para sí.

Lo miré sonriendo comprensivamente, pero su rostro ya se oscurecía. «Sabe que el viejo murió, ¿no? ¿No sabía? Sí, murió hace vario año. Pobre, ya estaba muerto en vida, desde que dejó el mateo. Con el reúma apena si podía caminar, y mucho pior desde que Bachicha le hizo lo del tasi. ¿Sabía? ¡Ah, claro!, si lo contaba el libro ese. Pobre viejo, al final sólo vivía de recuerdo, soñando con l'Italia, pensando en la niñé, imaginando que un día, ante de morirse, iba a volver al paese. ¡Pucha con la vida, son toda amargura!»

Le acerqué el platito de las aceitunas. Pinchó una sosteniéndola con el anular. «¿Qué le andaba diciendo?», preguntó, «porque con este asunto del paí terminé yéndome por las rama. Siempre me pasa

lo mismo; cuando me pongo a pensar las cosa que pasan a este paí me olvido de todo lo demá. ¡Ah, sí!», dijo golpeándose la frente; «le contaba que al pibe le di la cama de mi hermano André, el loco. Resulta que André hace unos años se apareció de vuelta por acá, estuvo uno mese con nosotro y un día se fue otra ve, quién sabe a dónde, sin tan siquiera decir chau, ni se despidió del viejo. No se enteró ni de cuándo se murió. Vaya a saber si él mismo no está muerto.» Reflexionó, miró a su alrededor, al salón, que había ido vaciándose de parroquianos, tomó un sorbo de su vaso. «No, seguro que no», continuó, «si a lo loco como el André nunca le pasa nada, tienen un dio a parte, tienen. Por ahí que el día meno pensado se me aparece: «Hola, Tito, ¿cómo va la vida?», y a la noche se acuesta en su cama como si tal cosa. Pero le contaba del pibe, que vivió conmigo un tiempo. Claro que yo me daba cuenta que algo le pasaba, lo veía amargado, el chico sufría, pero me imaginaba que era porque se había quedado sin laburo, ni pa morfar tenía. No le digo que a vece no me maliciaba que le pasaba otra cosa, cosa del cuore, sabe, porque se quedaba callado, má callado que de costumbre, y lo sojo se le llenaban de lágrima; pero yo me hacía el otario, como si no me avivara de nada, porque hay que saber respetar el dolor ajeno, y que un hombre llore por una mujer no e ninguna vergüenza. ¿Quién, por más macho que sea, puede asegurar que nunca le pasó una cosa así? A mí no me la cuentan. Pero el pibe era duro, se la aguantaba solo. Como yo también aquella ve.»

Se interrumpió, pareció arrepentirse de lo que había dicho, terminó su cinzano de un trago, se escarbó los dientes con el eterno palillo y se quedó pensativo, mirando la calle Pinzón.

«Bueno, si le parece vamo yendo», dijo. «¿Cuánto se debe, Chichín?» Chichín miró hacia arriba, hizo cuentas mentales. Saqué la cartera. D'Arcángelo me detuvo enérgicamente. «Faltaría má, esto e como si fuera mi casa, juego de local, yo invito.» Se despidió saludando con el diario: «Chau, hasta mañana.» Moví la cabeza en dirección a Chichín. «Chau, Tito, hasta mañana. Buena noche, señó», respondió Chichín.

Caminamos lentamente por Pinzón, doblamos hacia Brandsen. Al fondo apareció la sombra de la cancha. «Pucha, si este año lográramo obtener el campionato», dijo Tito para sí. Parecía haberse olvidado de los argumentos definitivos con que le había demostrado a Chichín la imposibilidad de que ese hecho se verificara. Aventuró: «¿Le gusta el fóbal?», pero preguntaba con recelo, como si en el fondo estuviera convencido de que la pregunta era ociosa, ya que algo en mi manera de hablar y de vestir le obligaba a descartar una respuesta afirmativa.

«Sí», contesté, «y además soy de Boca». Se le iluminó la cara, preguntó con incredulidad: «¿Lo dice en serio?» «Sí, Tito», le aseguré, «y lo seguí muchos años». «Pero qué me dice», comentó sorprendido, como si de pronto descubriera que la buena nueva puede venir anunciada en los momentos más imprevisibles y de labios de las personas más inimaginables, pensando que después de todo la vida no es tan amarga como parece, y que hay motivos para mantener la esperanza, con un optimismo que, pese a todas sus manifestaciones en contrario, se mantenía vivo en el fondo de su corazón y que era perseverante e indestructible. Le tendí la mano: «Gracia, Tito. ¿Podré volver a visitarlo?» «Cuando quiera», respondió; «ya sabe dónde me encuentra».

Me dirigí hacia Patricios bajo los árboles que hacían más oscura la calle Brandsen. Los vecinos habían sacado las sillas a la calle y desde la penumbra de algún zaguán me asaltaban de repente fragmentos de conversaciones cuyo significado no alcanzaba a comprender, pero que, sin embargo, con los acentos peculiares de sus voces iban restableciendo, poco a poco, mi vieja comunicación instintiva y espontánea con la ciudad.

Al día siguiente, cuando aparecí por lo de Chichín, Tito ya estaba sentado a su mesa. Me llamó con la *Crítica,* sonriéndome alegremente. «¿Cómo andamo? ¿Bien? Siéntese. ¿Qué va a tomar? Tenía ganas de whisky, pero decidí repetir mi conocido cinzano con gin, primero porque dudaba de que Chichín tuviera algo más parecido al whisky que la «doble v», y segundo porque ya había sido suficiente la nota de exotismo del gin con que involuntariamente había desconcertado a Tito el día anterior, como para someterlo a una nueva prueba que pudiera terminar excitando su desconfianza.

Tito parecía de buen humor. Después del brindis me miró con atención, escrutándome, como si pretendiera investigar algo disimuladamente. «Seré indiscreto. ¿Usté, por un casual, anduvo por afuera?» «¿Por afuera cómo, Tito?» «Quiero decir no por el interior, sino por otro paíse, por l'Uropa.» Reconocí que así era y que hacía unos pocos días que había regresado. D'Arcángelo asintió aliviado, como quien comprueba una teoría compleja cuyo sentido intuía, pero que se resiste a ser demostrada racionalmente y se saca con ello un gran peso de encima. «Ya me parecía», dijo con un suspiro.

«¿Por qué?», sonreí.

Me miró un poco perplejo. «No sé, olfato», explicó acariciándose la nariz ganchuda. «Había algo en la forma de hablar, en lo gesto, en la ropa, qué sé yo, algo que me decía que, pese al acento porteño, usté no era de acá o hacía año que faltaba. ¿Y qué tal?»

Lo miré.

«Quiero decir, ¿cómo se vive por allá, entre lo gringo?»

Hice un gesto dubitativo con la cabeza: «Como en todas partes.»

«Pero será lindo, habrá mucha cosa pa ver. ¿Por dónde anduvo?»

Le expliqué que había viajado por diferentes países de Europa, pero que habitualmente había residido en Francia, en París.

Sus ojos tomaron un aire soñador. «¡Qué bárbaro!, como el morocho de l'Abasto, ¿debe ser piola Parí, no?»

Asentí, pero le aclaré que una vez que uno se acostumbró y deja de verla como un monumento o un museo, París es como cualquier ciudad grande del mundo: difícil y hostil, sobre todo cuando se tiene que correr de una punta a la otra, bajo tierra, en el metro, para ganarse la vida.

D'Arcángelo asintió gravemente. «Sí, la vida e jodida en toda parte»; luego recuperó el aire de enseñación: «Pero sea como sea, Parí, la bohemia, la noche de Montmartre», y se sonrió, parecía sonreírle a algo que tenía dentro suyo. Volvió a ponerse serio; dijo: «Si quiere que le sea sincero, yo, a Bueno Saire, no lo cambio por nada; pero una escapada uno mese a Parí, si tendría guita, le juro que me la hacía.»

De repente se acordó de algo. «¿Y a Italia, estuvo?» Asentí. «¿En el Su? ¿Ah, sí?, ¡qué grande! ¿Y le gustó? ¿Mucho? ¡No me diga! Usté sabe que el viejo era de allá, ¿no? De Italia, del Su. El pobre se murió con la ilusión de volver a ver su tierra, "el paese", ¡pobre viejo!» D'Arcángelo miró hacia afuera, hacia la calle Pinzón, donde iba avanzando la penumbra del atardecer, y disimuladamente se pasó la mano por los ojos, secándose una lágrima.

«Sí», dijo, retomando el tema que había abandonado; «como le decía, la verdad, si alguna ve habría tenido guita, me habría sacado la grande o habría heredado, qué sé yo, e un decir, porque heredar no sé a quién, porque en mi familia, gracia a Dio, somo todo uno muerto de hambre; pero, en fin, las cosa que uno a vece se imagina, me habría ido un tiempo a Uropa, pa conocerla, y sobre todo a Parí, a ver el Sena, el barrio Latino, lo cabaré, lo lugare que inspiraron mucha inolvidable composicione del inmortal Carlito Gardel.»

Chichín lo observaba desde atrás del mostrador, y una barra de muchachones sentados a una mesa prestaba atención. Uno de ellos le dijo burlonamente: «Y bueno, Tito, todavía estás a tiempo, cuando cobré la jubilación a fin de me, cachás el paco, te comprá un pasaje y te piantá derecho pa Parí.» Un como de carcajadas subrayó la broma. Tito hizo un gesto despectivo: «Callesén, manga de vago, que a mí nunca me faltó pa comer, pa vestirme y pa lo vicio, y si alguna ve la cosa vinieron mal barajada y tuve que pegar un sablazo a un amigo,

al me siguiente, sin falta, le devolví la guita. Pero más de uno, que no nombro, anda viviendo del mangazo, que no sé qué va a morfar cuando lo gile se cansen de que lo claven», dijo y lo miró a Chichín, esperando que apoyara sus afirmaciones. Chichín asintió sentenciosamente, admitiendo en forma tácita que él era uno de los giles que contribuía a pagar los vicios del indirectamente aludido.

«La verdá y entre nosotro», continuó D'Arcángelo dirigiéndose nuevamente a mí, «e cierto que lo que cobro de jubilación e una miseria, pero con eso y alguna changuita de pintura que sale a vece me voy defendiendo, y el mango pa parar la olla nunca falta. A ser sincero no me puedo quejar; tengo todo lo que necesito, aunque yo no sea muy gastador y la pieza me salga tre guita, porque, claro, tamién vivo ahí desde que era pibe.» Se estiró las mangas deshilachadas del saco, se ajustó la corbata raída. Miró al frente con sus ojos un poco separados, al costado de la cara, buscando el hilo perdido de la conversación. «¿Qué le iba diciendo? Ah, sí, lo del viaje a Parí. Me hubiera gustado, pero qué le vamo a hacer; la vida se dio de esta manera y no me quejo. Basta la salú.»

Intervine: «De cualquier manera, como me dijo antes, no hubiera ido para quedarse.»

Levantó la mano deteniéndome con el gesto.

«Faltaba má, eso ni pensarlo. Acá pasarán mucha cosa mala, pero este e mi paí y me la aguanto piola. Ademá, Bueno Saire..., me quiere decir dónde encuentra otra ciudá como ésta. Digan lo que digan no hay nada que se pueda comparar. Qué otra ciudad tiene lo museo, lo teatro, lo comercio, la cultura que tiene Bueno Saire. ¿Y la pebeta?, ¿eh?, ¿qué me dice?, dónde encuentra pebeta papa como la porteña. ¿Eh, Chichín?, ¿qué decí vo?»

Chichín elevó la mano, en un gesto que quería decir que era inútil buscar, porque si en alguna parte, tal vez, podía encontrarse una cantidad equivalente de mujeres, nunca, nunca, podría equipararse la calidad.

D'Arcángelo sonrió satisfecho. «Parí claro, Parí tal ve sea má bacana, no me aparto, pero le falta el tango, y eso no se compensa con nada. La prueba la tiene que cuando Parí conoció nuestra música ciudadana la adotó y la introdujo en lo salone.»

Uno de los muchachones le gritó: «Dale, Tito, vo también, no esageré, cómo va a comparar Bueno Saire con Parí», sólo para contrariarlo, porque si alguien hubiera hecho ante él su misma afirmación, seguramente lo habría aniquilado con argumentos terminantes y despectivos. Tito me miró solicitando mi opinión. Aprobé sus palabras. «¿Está de acuerdo?», preguntó con temor pero al mismo tiempo con

esperanza, tal vez un poco sorprendido de que alguien que conocía lugares lejanos mantuviera su fidelidad a Buenos Aires y, a la vez, feliz de que de este modo pudiera comprobarse su teoría.

«Por supuesto», confirmé para no desilusionarlo.

«Ve», dijo mirando de soslayo hacia la mesa de los muchachos, «y lo dice alguien que conoce mundo» para que lo oyeran, pero sin dirigirse directamente a ellos, indicando de ese modo que la objeción no merecía que se tomara el trabajo de rebatirla. Luego, como si quisiera retribuirme lo que había hecho por él, agregó:

«Pero usté venía a verme pa que le hablara de algo concreto, de la historia aquella del pibe, de Martín, y yo lo estoy entreteniendo con pavada.»

Le contesté que no se preocupara, que no había apuro, que momentáneamente no tenía ocupaciones y disponía de todo el tiempo que fuera necesario. Omití decirle que el motivo con que me había acercado a él no era más que una excusa y que lo que pretendía era justamente eso, que hablara libremente.

Se disculpó: «Usté sabrá perdonarme, pero me tengo que ir. E el cumpleaño de una ahijadita, sabe, una pibita de ocho año que lo padre viven al inquilinato, y le llevo un regalo.» Señaló una caja apoyada sobre el antepecho de la ventana que estaba envuelta con papel de fantasía y atada con una cinta de color. «E una muñeca», agregó, y una sonrisa se le dibujó en la cara, «de esa moderna que caminan y dicen mamá y piden pis. Se va a poner contenta la piba. Pero si le parece, mañana que e sábado, almorzamo junto y charlamo largo y tendido».

Durante el almuerzo Tito estuvo muy locuaz. Me contó que a Teresita, la ahijada, le había gustado mucho la muñeca. «La muñeca e casi tan alta como ella», se reía, contento de la magnificencia del regalo.

Habíamos ido a una fonda cercana al café de Chichín y a la salida caminamos hacia Pedro de Mendoza. D'Arcángelo comenzó a hablar de Martín sin necesidad de que se lo recordara (cosa que, por otra parte, no pensaba hacer por los motivos que ya he explicado), cumpliendo su promesa del día anterior.

Llegamos hasta la ribera del Riachuelo. El agua, calma y oleosa, lanzaba reflejos tornasolados bajo el sol furioso de las dos de la tarde. Hacía mucho calor y estaba húmedo junto al río. En los muelles, al lado de los barcos, se apilaban cajones que tendrían que esperar al lunes para ser retirados. En algunas cubiertas la ropa de los tripulantes se secaba al sol. Las grúas inmóviles, los bultos que habían quedado a medio camino en la operación de carga y descarga, por con-

traste con la actividad habitual, conferían a la escena una sensación más acusada de quietud. El silencio era denso como las aguas del río y el chillido de una roldana en la orilla opuesta, el tableteo de los tirantes del puente bajo el peso de un colectivo, adquirían un volumen insólito que ocupaba todo el espacio. Me sorprendí comparando el paisaje con el del Sena y comprobando que, insospechadamente, este cuadro de suburbio feo y sucio, me producía, sin embargo, la misma melancolía —sentimiento, a la vez, levemente doloroso y tenuemente placentero— que la vista del otro río a su paso por París.

D'Arcángelo había estado contemplando el agua en silencio, con las manos en los bolsillos. De repente dijo: «Qué lindo son lo barco, eh.» Se quedó callado, volvió a mirar el panorama que le era tan conocido; sin embargo, parecía emocionado. «Como le pasa a cada porteño solitario y soñador —es decir, a todos, cuando, sin quererlo, aflojan los alertas de la representación de su papel de hombres eficientes y se dejan asaltar por el contemplativo que llevan adentro— cada vez que se decide a dar la cara al río y volviendo la espalda al país interior y terrestre —el cargo de cuya construcción, de la conclusión de la misma, le transmitieron los próceres a través de los libros de lectura del colegio—, siente el llamado nostálgico del mar y de la distancia, rasgo de la herencia de sus antepasados que recibe inscripto en la sangre», pensé.

«A vece quisiera haber sido marinero en lugar de pintor», continuó Tito después de unos momentos de silencio. «Haber recorrido lo mare, conocido el mundo, desembarcado en puerto estraño. Claro que entonce el viejo se hubiera muerto solo..., como el único hijo que le quedaba cerca era yo» e inclinó la cabeza, levantó los hombros sin sacar las manos de los bolsillos, en un gesto mezcla de resignación y de ternura. Resignación que podía sorprender, a primera vista, pues parecía contradictoria con su sentido crítico y su escepticismo. No obstante, era justamente esa parte de sentido común que se manifestaba en su capacidad para resignarse, al permitirle aceptar, aunque a regañadientes, la realidad, y al debilitarle la energía de los impulsos para romper de una vez, y definitivamente con ella, la que le hacía posible y, a la vez, necesario convivir con esa realidad que de otra manera no podría haber enjuiciado y rechazado.

Le propuse que entráramos a tomar un café al bar de la esquina, para protegernos del sol. Me dijo: «No, si se anima vamo a tomar uno mate a mi pieza. Vamo a estar má cómodo. E pobre, pero ahora ya me di cuenta que usté no se fija en esa cosa.»

Entramos por la puerta cochera, que, sin duda, no se cerraba desde hacía años, ya que estaba desvencijada y tenía la madera podrida.

Ahora, en las viejas cocheras había camiones de reparto, una chatita y uno o dos autos de modelo no demasiado reciente, impecables y llenos de accesorios adicionales. Era la hora de la siesta y el inquilinato estaba en silencio. De una pieza salieron los gritos de un chico que jugaba y la voz ahogada de la madre ordenándole que se callara. D'Arcángelo me tocó en un brazo y por gestos me pidió que lo siguiera. Al fondo de la caballeriza, en medio de tablas con rastros de la antigua pintura y trastos viejos, estaban los restos de un coche de plaza. Sólo quedaban unos girones de la lona de la capota, le faltaban trozos de madera, habían desaparecido todas las partes metálicas y, como tenía nada más que una rueda, así, caído sobre un flanco, parecía un barco encallado. Tito se quedó contemplando la victoria con veneración, como si se tratara del cadáver de alguien querido y respetado. Murmuró: «E la 39.»

En una de las paredes de la pieza seguía puesta la vieja foto de Tesorieri, pero, al contrario que en el café de Chichín, no le hacía compañía la de ningún crack de la nueva época, de la denostada, por Tito, era profesional. Sobre un cajón vi el viejo fonógrafo de bocina, pero al lado había otro eléctrico de modelo antiguo. «¿Le gusta el tango?», preguntó casi excusándose, y de inmediato pareció arrepentido de que se le hubieran escapado las palabras, como si temiera haberse entrometido en mi intimidad, forzarme a que, por cortesía, me viera obligado a mentir. «Sí, por supuesto que me gusta», declaré espontáneamente, porque si bien era cierto que cuando muchacho no lo había sabido apreciar, ya que mi generación se había mostrado reacia a aceptarlo, considerándolo una música demodée y adhiriendo, en cambio, a otros ritmos venidos del extranjero, con los años, subrepticiamente, su nostalgia, su sabiduría callejera, había ido conquistándome, pausada pero firmemente. Su expresión se tornó radiante y, a partir de ese momento, me trató con mayor confianza, habiendo descubierto una de esas coincidencias fundamentales que atan indisolublemente los lazos de la verdadera amistad. «¿Y Gardel?», volvió a preguntar más seguro de sí. «Desde luego», respondí de modo obvio. «¿Sí? ¿No quier escuchar un tanguito?», y ya se dirigía a la pila de discos enfundados en sobres gastados y llenos de parches. Puso «Volver» en el tocadiscos eléctrico y me miró sonriente. Me lo estaba dedicando. D'Arcángelo me homenajeaba.

Cuando terminó la canción en la voz de Carlos Gardel, que escuchamos en un silencio religioso, Tito encendió el «Primus» y puso la pava. «Vamo a tomar uno mate, no hay como el mate pa combatir el calor.» Le señalé el fonógrafo de la bocina: «¿Qué pasó?» Hizo un gesto de desaliento. «No funciona», dijo. «Este no se le puede compá-

rar. Lo compré de segunda mano. Será todo lo moderno que se quiera pero no tiene nada que hacer al lado del otro.» Echó varias cucharadas de yerba en el mate. «Cuando se descomponía me lo arreglaba un viejito. Pero se murió, y depué no encontré má nadie que lo entendiera. No saben nada. Me decían: «Mirá, Tito, lo mejor que podé hacer e comprarte otro. A la final te va a salir má barato, porque pa arreglarte éste te voy a tené que cobrar casi tanto como lo que cuesta uno nuevo. No saben nada», repitió. «No le tienen cariño a la cosa», y movió la cabeza como diciendo que todo estaba perdido.

Me alcanzó el mate. «Aquel pibe, Martín», dijo con la mirada distante, reflexionando, mientrts me indicaba una sillita de paja para que me sentara, «las pasó jodidas». Agarró el mate que le devolvía —se había sentado en un banquito de madera junto al calentador—, volvió a cebar despacito, observando atentamente el chorrito de agua que iba llenando la calabaza hasta que la espuma verdosa apareció en la boca. Estaba concentrado, pero se veía que era en otra cosa más allá del mate en lo que pensaba, o mejor, como si estuviera leyendo en la espuma, viendo configurarse en la yerba que subía con el agua viejos recuerdos, escenas del pasado. Chupó por la bombilla. «Era muy sensible. Era un pibe noble, con el corazón abierto, de eso que parecen preparado propio pa que todo lo hijo de puta que andan suelto por el mundo le claven el puñal.» El mate rezongó. D'Arcángelo se quedó con él en la mano durante un momento, pensativo. Agregó con rabia: «Empezando por la misma vieja», y luego con amargura y nostalgia al mismo tiempo «que un hombre no pueda creer en la propia madre e lo pior que le puede pasar». Cebó, me volvió a tender el mate. «Y por si fuera poco, el viejo, un tipo sin carácter, un fracasado. Claro, tal pa cual. La mina, cuando salen loca, se buscan esa clase de tipo pa casarse, así, por un lado son la señora de tal, y por otro yiran a su gusto, sin nadie capá de ponerla en vedera. Porque como no tiene un pelo de zonza, saben lo que le espera si se buscan un macho de verdá p'al casorio.»

Afuera, el conventillo empezaba a despertarse de la siesta. Se oían las voces de los vecinos y las de los chicos que se perseguían chillando por el patio de la antigua caballeriza. Una radio sonaba a toda voz.

Tito arrimó la pava al fueguito bajo el calentador. «Gracia a Dio», dijo, «mi viejo habrán sido pobre, pero fueron padre como la gente. El viejo laburó como un perro pa darno de morfar hasta que estuvimo en edá de ganarno la vida, y mi pobre mama, que esté en la gloria, no vivía ma que pa lo hijo. Y mire que éramo un batallón; y como si eso no bastara lavaba y planchaba p'afuera pa ayudarlo al viejo.» Se

había emocionado. Bajó la cabeza para ocultar la cara removiendo la yerba con la bombilla. Tiró una parte en un papel de diario, escarbó con la cucharita de plástico en la yerbera y agregó yerba nueva.

«Tampoco tuvo suerte con la chica», comenté, mirando las camas, una de las cuales era la de Tito y la otra la de Andrés, el loco, la que había ocupado Martín durante el tiempo en que había vivido en esa pieza.

«E cierto», dijo Tito mientras volvía a cebar. «El pibe tuvo mala suerte. La inesperiencia. Justo a la edá de la ilusione se la viene a cruzar. Yo a ella no la juzgo. Qué otra cosa se podía esperar con el quilombo que era la casa y con el pirado del viejo, pero justo, justo, lo viene a encontrar a Martín. Claro, hasta cierto punto e lógico, a ella le hacía falta un muchacho noble, como era el pibe, pa que la ayudara a salir del fango en que se arrastraba, pero pa él fue una desgracia, le terminó de arruinar la vida. Si yo hubiera sabido en lo que andaba.»

Me miró. Su rostro afilado había adquirido una expresión noble, solidaria, que, poco a poco, se fue ensombreciendo. Se veía que no haberlo podido ayudar en el momento preciso, quizá por un exceso de discreción, lo hacía sufrir. Parecía que esto le causaba un remordimiento cuya intensidad no había mermado con los años.

«Usted fue muy importante para él», afirmé.

Se le aclaró la expresión, me miró como preguntando: «¿Usted cree?»

«No le quepa la menor duda», agregué. Usted fue una de las pocas personas, quizá la más importante entre todas, por las cuales Martín no se suicidó.»

El semblante volvió a oscurecérsele. Parecía no haberle gustado la última palabra. Reflexionó. «Sí, Puchito lo ayudó llevándoselo p'al Su, y también aquella chica que lo recogió la noche en que el pibe andaba como loco.»

«Y usted, usted, Tito», insistí.

Me miró con desconfianza. La pasajera ola de ilusión que lo había recorrido cuando sostuve por primera vez la importancia de su papel, había sido reemplazada por el escepticismo: «Mejor no hablemo», replicó y me tendió el mate. «El último», dije al aceptarlo.

«¿Supo algo más de él?», pregunté.

«Cuando volvió del Su vino a verme.»

Lo interrogué en silencio.

«Estaba má hombre, má fuerte, má curtido..., pero tenía la misma mirada triste de siempre. Lo que nacen como Martín no cambian en

toda la vida. E una cru», y parecía que Tito, en este juicio general aplicado a Martín, se involucraba. Era como si un pudor muy acentuado le impidiera quejarse en nombre propio de los infortunios e injusticias de la vida, de los golpes recibidos de los otros que, menos escrupulosos, más egoístas y más pragmáticos, se encaraman al carro del poder pisando y azotando a los que han quedado abajo por debilidad o por honestidad.

Esta vez fui yo el que se despidió. Tito me acompañó hasta el portón permanentemente abierto del inquilinato. Los vecinos habían sacado las sillas a las galerías y lo saludaban: «Salú, Tito. ¿Ganamo esta noche en Mar de Plata? Anda bien el equipo, ¿eh?» El respondía con frases cortas, prudentes y llenas de reserva: «Vamo a ver.» «E probable.» «Hay que esperar. No no apresuremo.» Los chicos jugaban en el patio. Un hombre en camiseta, con un balde en la mano, lavaba uno de los autos estacionados en las antiguas cocheras.

Cuando llegamos a la puerta le tendí la mano. Tito me la estrechó en silencio. Agotado el tema que me había servido de excusa, acerca del cual D'Arcángelo había dicho todo aquello de lo que era capaz, pregunté: «¿Nos volveremos a ver?» El, que tal vez no se había atrevido a proponerlo por ese recato típico de porteño, que en él se manifestaba de modo particularmente acusado, y esa discreción que le impedía ir un poco más allá por temor a inmiscuirse en los asuntos de los otros, pareció alegrarse de mi invitación y respondió sonriendo: «Por supuesto. Cuando usted quiera.»

A partir de entonces nos vimos con regularidad. Habitualmente iba a buscarlo al bar de Chichín, de quien también me había hecho amigo. Cuando llegaba antes que D'Arcángelo nos poníamos a charlar, generalmente de fútbol o de política. Chichín no terminaba de comprender las causas de las calamidades que tenían que sufrir el equipo y el país. Hacía sus observaciones y se quedaba anhelante, esperando que mis respuestas le revelaran repentinamente un orden de las cosas, que aunque confirmara la desgracia, le diera la tranquilidad de que todo tenía su razón de ser, de que el sufrimiento no era además absurdo. Con D'Arcángelo, a veces, aunque él parecía preferir su mesa en el bar, nos íbamos a caminar en los atardeceres de ese verano y del otoño que lo siguió. Eran paseos apacibles, durante los cuales ninguno de los dos se mostraba excesivamente locuaz, creo que debido a una serenidad que la tarde y la calma de nuestros pasos iban transmitiéndonos y que incluso parecía sosegar la característica inquietud de Tito.

No solíamos salir del barrio porque adivinaba en D'Arcángelo una resistencia a cruzar la frontera de Martín García, como si tuviera rece-

lo de internarse en un territorio desconocido, y no quería violentarlo. Alguna vez que lo hicimos, sin embargo, Tito se puso nervioso, más que de costumbre, era algo inaprehensible de la ciudad que parecía intimidarlo y que, al mismo tiempo, lo maravillaba. Comentó, casi para sí, con frases que daban la sensación de escapársele de modo involuntario: «¡Qué linda e Bueno Saire! Uno nunca termina de conocerla.» Y una vez en que llegamos caminando hasta el obelisco dijo, de ese mismo modo compulsivo, el subconsciente emergiendo irreprimiblemente en las palabras: «¡El centro, qué bárbaro, está papa, el tiempo que hacía que no lo veía!»

Durante una de esas caminatas me preguntó tímidamente: «¿Vino pa quedarse?» «No sé, Tito», le contesté. «Todavía no sé lo que voy a hacer.» Pareció que mi respuesta lo entristecía y esa tarde no volvió a hablar hasta que nos despedimos.

En otra ocasión en que se mostraba especialmente comunicativo me habló de María Elena, la hija del caudillo conservador de Barracas al Norte, de la que había estado enamorado y que ya una vez, al principio de nuestra amistad, estuvo a punto de mencionar. Aún ahora, tantos años después, cuando María Elena debía ser abuela, o tal vez estaría muerta, la recordaba como entonces, como la pebeta rubia que parecía un sueño, y seguía enamorado de ella. Hoy, viejo, con el pelo blanco, Tito mantenía las ilusiones.

Un día, por fin, me despedí de él. Volvía a Europa una vez más. «Lo envidio», me dijo. «Si tendría guita yo también me iba a Uropa. Un tiempo, sabe, pa conocer, porque a Bueno Saire no lo dejo, pa mí no hay nada como Bueno Saire. Usté tal vez se va a reir, pero pese a todo no me arrepiento, de mi vida digo, de haber sido pintor en lugar de marinero y de no haber salido nunca de esta ciudá. Cada uno tiene su destino, y el mío, está claro que tiene nombre: Bueno Saire.» Miró a un punto indeterminado, y en su mirada distante pareció vagar la nostalgia por todo ese mundo que nunca había conocido. Se sonrió y agregó con una cierta obstinación: «Acá estoy contento, sabe, porque yo a esta ciudá la llevo en el cuore», mientras se golpeaba con el índice el pecho esmirriado.

Me apretó la mano. «Si vuelve, aparezca, acá tendrá siempre un amigo.»

Me fui cruzando Martín García, bordeé el parque y subí la barranca por Brasil. Miraba las calles, las casas, los pibes, las mujeres gordas que salían a la puerta en batón floreado, con otros ojos diferentes a aquellos con los que había llegado. Había recuperado la capacidad de sentir otra vez el alma de Buenos Aires. La había recuperado gra-

cias a Tito, que me había enseñado a reconocer las cosas familiares como un médico cuidadoso y sensible hace con el enfermo a quien restituyó la vista después de una larga ceguera. Buenos Aires y yo nos pertenecíamos otra vez. Me iba, pero ahora sabía que habría de regresar, y esto se lo debía a Humberto J. d'Arcángelo.

JORGE A. ANDRADE

Rua J. A. Ferreira, 16, 2.º
2765 Estoril
PORTUGAL